

vehemencia afeaba la ruindad de los viejos calumniadores, como si el fuego del Espíritu Santo inflamase su castísimo pecho.

La perfección de su abstinencia salta de la línea de los cortos años: parco y sobrio hasta lo sumo, acabó por no advertir siquiera si comía ni si bebía: los pensamientos de su alma se apacelaban muy lejos del comedor. No se les pasaba por alto á los niños, que todo lo notan, y así decían con donaire: A la hora de comer, el alma de Berchmans anda en peregrinación corriendo las estaciones.—Cualquier plato hacía á su gusto; ni tenía boca para quejarse de los alimentos, ni de cosa tocante al servicio, régimen y administración de la casa. Era de una paciencia á toda prueba. Si alguna vez le contradecían y acosaban, no se desmandaba ni se mostraba ofendido. En caso de reprensión se acogía al santo silencio¹.

Así informó Pedro Emmerick, á 26 de Octubre de 1621, acerca del proceder de Juan en el Colegio de Nuestra Señora. Termina declarando que en todo cuanto depone, no hace más que citar unos cuantos entre millones de hechos, y trazar líneas sobrado imperfectas para que se forme por ellas idea adecuada de la perfección de su colegial. A este venerable religioso llamóle el Señor para sí á la edad de cincuenta años, á los cuatro después de la muerte de nuestro Santo, en su abadía de Tongerlo, donde había principiado antes de la vida religiosa y ejemplar que guardaba.

¹ Proc. rom., pág. 331.



CAPÍTULO IV.

ENTRA JUAN DE PUPILO EN CASA DEL ARCIPRESTE.

- I. Penuria de sus padres.—Sale del Colegio.—Trata su padre de ponerle al trabajo.—Heroica resistencia de Juan.—Se le abre un inopinado camino.
- II. Aymon Timmermans le acoge en su casa.—Testimonio de su virtud.—Nuevas congojas.

I

QUPADO el santo mancebo en ejercicios de virtud y letras, miraba como de lejos las cosas que en el mundo pasaban. Mas como sea propio de Dios purificar la virtud de sus siervos en el crisol de los trabajos, dispuso la divina Providencia ensayar la de Juan con adversidades y golpes, que no le habían molestado en los años antecedentes.

En el discurso de los tres últimos, no sin gran dificultad se habían cubierto los gastos de los estudios; al expirar el tercer plazo de 1612 la indigencia tenía reducida á esta pobre familia á términos, que el honrado curtidor se vió puesto en la alter-

nativa, ó de cerrar á su hijo la carrera y con ella la puerta á sus esperanzas, ó de cargarse de deudas y exponerse á dar en escollos con la navecilla de su casa. Las enfermedades de Isabel, que habían ido creciendo y agravándose cada vez más en los postreros años, no solamente le ataban las manos y le impedían el cuidado y gobierno de la familia, mas le forzaban también á emplear gran parte del caudal en hacer más llevaderos los achaques, y tal vez en gratificar servicios de algunas personas de fuera. Y ¿quién ignora cuán presto se resiente y corre á la ruina una casa, cuando falta la mano y presencia de la madre, y cuando el padre, por las ocupaciones exteriores que tiran de él, ha de negar la atención á los cuidados de la economía doméstica?

No tenía bien siete años el niño Juan, y ya su madre se veía rodeada de cinco hijos que, en el de 1612 en que vamos, eran grandecitos, y aumentaban con los gastos de escuela y manutención el peso de tanta carga. De sobra tenía razón el angustiado padre para temer no pusiera trabas la mano de Dios á las profesiones que para ellos pensaba escoger, porque el infortunio parecía querer aguarle el placer de sus intentos. Menester fué, por no despedirlos de sí, apurar hasta las heces la copa del sacrificio antes de sacar al hijo mayor del pensionado de Nuestra Señora.

Aún no había llegado el hijo á penetrar los pensamientos del afligido padre, cuando un día de improviso llamóle éste á su casa, y tomándole por la mano, éntrale en el aposenso de la madre, y comienza á ponerle á la vista cómo era llegado el tiempo de discurrir sobre la precaria situación de las cosas. Llamaba á Dios por testigo de que hasta la hora presente ningún medio había per-

donado por llevar adelante su educación; que ánimo no le faltaba para arrostrar todo género de privaciones, si pudieran ellas servir de recurso para dar cima á la comenzada carrera, pero que la mano de Dios con quitarles los medios parecía indicar abiertamente que otros eran los fines de su providencia; que á su soberana voluntad debían todos rendirse; que él sentía ya marchitarse el vigor de sus brazos; la triste de la madre agobiada bajo el peso de las dolencias, los hermanitos faltos ahora más que nunca de apoyo y defensa, todos, en fin, se hallaban en el duro trance de colocar en sus manos la incertidumbre de su subsistencia. Ponderóle á Juan la fuerza de su natural ingenio para adiestrarse en cualquier oficio honroso, su discreción y sensatez, y otras prendas con que el cielo le había adornado; las cuales, acompañadas de la inquebrantable constancia, podían servir muy bien á la utilidad de la familia. Encarecióle los años que restaban aún de sudores para él, de trabajos para ellos, si á trueque de prolongar la carrera los precisaba á gastar los pocos haberes que les quedaban, y á labrar á tanta costa la infelicidad de toda la familia.

A esta inopinada proposición quedó Juan atajado, sin pulsos y sin saber qué responder. ¿Qué razones podía alegar para salir al encuentro y deshacer las bien prevenidas de su padre? Recordado el aliento, y rompiendo de repente en sollozos y lágrimas, arrojóse á sus pies, y dejando hablar el corazón le suplicó, por las amorosas entrañas de Nuestro Señor, despidiese de sí aquel negro pensamiento que le partía el alma de pena; que no sería él quien pasase por la determinación de abandonar los estudios, porque el corazón le decía que Dios le llamaba al sacerdocio; que

sacerdote había de ser (y le apretaba y besaba los pies) á todo trance, costase lo que costase. Y vuelto á su madre querida, le representó que él había siempre tenido por colmo de su dicha lograr le cumplierse Dios á ella el gusto, que era, como tantas veces se lo había dicho, verle sacerdote; que el camino le tenía ya medio andado, y con oración y paciencia se lograría lo demás; y que, en conclusión, si tanto reparaban en la escasez de la familia, él no quería, no (y se le encendía el rostro como ascua), ser de mejor condición que sus hermanos; á pan y agua estaría toda su vida, como le dejasen proseguir los estudios... -- Con este tesón, dice el P. Bauters, se defendía una y todas las veces que este punto le tocaban.

Arroyos de lágrimas corrían de los ojos de los tres, expresando cada cual con ellas la ternura del sentimiento. El hijo supo ablandar el corazón de los padres con su briosa elocuencia, y con tanta facilidad desvió el nublado, que, puestas treguas á la consternación, mandaron á Juan que se levantara, y la madre pidió al marido aguardasen unos días más, entre tanto que lo encomendasen á Dios, pues tenía para sí no habían de faltar á la divina bondad caminos por donde acudir á socorrerlos.

No le salieron vanas á Isabel las esperanzas. Tenía dos cuñadas, Catalina y María, como dijimos, que con haber consagrado á Dios la flor de los años, no habían perdido de vista la caridad cristiana. Hablaron por el sobrino á su director Aymon Timmermans, arcipreste y deán, que vivía en Diest, varón de recomendable virtud, que había merecido la privanza del Arzobispo de Malinas. Fué Dios servido, que así como vino á noticia del arcipreste la penuria que pasaban los padres de nuestro joven, se ofreciese á tenerle en

su casa en calidad de pupilo, tomando sobre sí la obligación de hacer la costa de manutención y estudios. Acomodáronse todos con menos dificultad á la traza de esta providencia. Salió, pues, Juan por segunda vez de la casa de sus padres, á la edad de trece años, pasmado del maravilloso consejo de Dios, para entrar en la del arcipreste Timmermans.

II

BIEN luego consiguió en el ánimo del nuevo protector la opinión de virtuoso, y con ella toda su estima y confianza. Esto es lo que viene á significar el claro testimonio del maestro de latín Valerio Van Stiphout. Sus palabras son estas: *El canónigo Aymon Timmermans tributó á la inocencia de Berchmans un elogio señaladísimo. Con haberle sido muy fácil acechar las acciones del santo joven, por tenerle de continuo á la vista en el interior de su casa y á la mesa todos los días, y tratarle familiarmente, maravillado un día de su edificativo proceder, dijo á varios amigos con muy formales palabras: Este jovencito es un ángel en pureza de costumbres.* Otra expresión no tuvo con que declarar aquel candor angelical que se le dibujaba en el semblante. Pero lo que vence á toda ponderación, es que no parece puso Dios á su siervo bajo la tutela del arcipreste, sino con el fin de dar á conocer al mundo con el dicho de persona tan autorizada los quilates de su virtud.

Poco tiempo vivió Juan en compañía del señor Timmermans: no consta por cosa cierta la causa

de esta mudanza. *Es probable*, dice el P. Angelini, *que el mismo Timmermans diese buena cuenta de su pupilo al Arzobispo de Malinas, pintándole como á mancebo de gran provecho para la Iglesia; y que esta fuese ocasión de enviarle al seminario á cursar estudios mayores*¹. No carece de fundamento la probabilidad de esta razón, por haber sido el deán Timmermans grande amigo del Sr. Arzobispo y muy aficionado á la familia de los Berchmans.

Pero Dios encaminaba derechamente las cosas por sendas ocultas al cumplimiento de sus altos designios. Tenía el Señor dispuesto llamar al angélico Berchmans á la Compañía de Jesús, y abrió derrotero por donde enviarle á Malinas; y donde el padre terreno pensaba buscar arbitrio para incorporarle en el seminario diocesano, el Padre celestial le tomaba para que más fácilmente se agradase Juan de aquella religión, y se alistase en ella y militase dignamente bajo su ilustre bandera.

Y aunque en la trama de los medios suele la adorable Providencia encubrir los hilos de sus levantados fines, no, empero, dejó de traslucirsele al maestro de Diest la mano providencial de Dios en este acaecimiento. Así lo cuenta Valerio. Estaba Juan, dice, en humanidades, cuando, invitándole yo á escoger argumento para una elegía, tomó por tema el Santo Nombre de Jesús, y supo darse tal maña, y pintar con tan lindos colores, y tan tiernamente presentar el objeto de su amor, que ya entonces me pareció destinado á llevar en su corazón la imagen de Jesucristo, y á dar su nombre á la milicia que le tiene tan glorioso.

Por dicha ha llegado á nuestras manos la com-

¹ *Vita di S Giovanni Berchmans*, 1888, p. I, capo IV.

posición en verso latino, tal como salió del corazón y pluma del santo humanista. A vueltas de algunas imperfecciones y de alusiones mitológicas del gusto de entonces, se descubre en ella el ingenio más que vulgar de un jóven de trece años y la facilidad de su vena poética. No poseemos en el día de hoy el original de esta elegía; sólo disponemos de un traslado auténtico ofrecido al público por el P. Vanderspeenten, que traducido en castellano dice de esta manera:

“AL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESUS¹”

„No, aunque la musa Calfope me concediese cien lenguas, y regalase mis labios con el sacro raudal

¹ IN SANCTISSIMUM JESU NOMEN.

Non, mihi Calliope si centum porrigat ora,
Ora Philetæa nostra rigaret aqua;
Castalidumque gregis dictaret carmina ductor,
Nomen dicendo non ego dulce potis.
Melifuum vernans inter tot nomina nomen
Jesu, dulce polo, dulce saloque solo!
Fortunatum homini quoque, nectare dulcius omne
Nectare arundineis quod fovet Hybla cadis!
Lilia cum violis nomen spiransque suave,
Flores puniceos elysiasque rosas,
Nomen blandifuum, super omnia florida campi
Floridius, vincens ambrosiosque rubos!
Portantem quoque Chironen silvestria dona
Quæque ferunt Næis jam calathisque Deæ!
Roscida blandidula vincit dulcedine mella,
Quæ mella in ceris attica ponit apis!
Salve vera Dei cunctisque antiquior annis
Progenies! Salve nomen et egregium!

que inspiró al afamado Filetas; aun cuando el mismo Apolo me dictase versos y cantos, no sería mi capacidad bastante para celebrar la dulcedumbre del nombre de Jesús.

„Meliflúo es y de fragancia primaveral entre todos los nombres; aclaman su dulzura los cielos, la tierra y el mar.

„De gran dicha al hombre es, más sabroso que el néctar recogido en las colmenas de Hybla.

„Exhala el aroma de la azucena, el deleite de la violeta, la suavidad de la rosa. Nombre henchido de gracia, más estimable que las del florido vergel y del engalanado arbusto. Más rica virtud encierra que el bálsamo del famoso Centauro y que los canastillos de las ninfas Náyades.

„Su dulcedumbre deja atrás la preciosa miel depositada en los alvéolos por la abeja del Ática.

Blandius haud quicquam fando pervenit ad aures
Jamque nihil quidquam tale volutat homo!
Nomen Jesu homini felix quoque, parte beatum
Omni; nam cunctis contigit una salus.
Effulget, celsumque caput super agmina tollit
Omnia dulcissimum nomen ad usque tuum.
Quo nihil in terris ad finem, solis ad ortum,
Solis ad occasum clarius exstat opus.
Hoc scopus, hoc arx est, quo tela hostilia tendunt,
Insultant hostes insiliuntque truces.
Nomen quo nullum vidit formosius aetas,
Lucidius glacie splendidiusque vitro;
Tanto formosis formosius omnibus unum;
Sin dubium est, caecum Cynthia lumen habet.
Egregiumque nitet fulvum quae dividit aurum,
Qualis gemma nitet purus iaspis aqua.
Purpureos flores despectat odoris honores
Quae legit Elysiis mella apis acta rocis,
Gemmas Sardonychos, saphiros, jaspidas, undis
Abvectas baccas, chrysolithosque rubros.
Archetypon, salve, Jesu, nomenque beatum!
Lingua salutandi munera functa tui.

„Salve, Jesús, verdadero Hijo de Dios, primogénito ante toda criatura. ¡Salve, nombre egregio! Ni oído de hombre oyó, ni en pecho humano cupo suavidad como la tuya.

„¡Nombre de Jesús! prenda de bienaventuranza, manantial de salud, pues en Ti consiste la salud del humano linaje.

„¡Oh Jesús! campea la blandura de tu nombre y se encumbra sobre el escuadrón de todos los nombres. No se conoce en la tierra, del oriente al occaso, virtud esclarecida como la tuya.

„Blanco principal, adonde asestan sus tiros los dardos hostiles; alcázar fortísimo, en quien hacen ímpetu los asaltos enemigos.

„Ningún siglo oyó hablar de nombre más hermoso. Más límpido eres que el espejo, más diáfano que el cristal. Tú solo cifras en Ti el esplendor de todas las beldades. Quien ponga en esto duda, confiese que los cielos perdieron su claridad.

„Cual brilla el diamante engastado en oro, y el puro jaspé á través de las ondas; así echas de Ti singulares destellos.

„Robe la abeja á las rosas de los Elíseos la miel delicada y menosprecie los perfumes de las flores purpúreas; más gracioso eres Tú; más precio encierras que záfiro, jaspé, topacio, perla y cualquier piedra preciosa.

„Salve, Jesús, nombre bienhadado, gala de toda beldad. Enmudezca mi voz que no acierta á cantar tus grandezas.”

